CONFERENCIA

SOBRE LA POESÍA EN GENERAL, Y EN ESPECIAL SOBRE LAS DE DON GUILLERMO BLEST GANA

(Discurso, leído en el Salón Central de la Universidad de Chile, el 7 de Diciembre de 1906, por el profesor don Enrique Nercessian i Morau)

Señoras y señores:

No creo que necesite acudir a la benevolencia del concurso que se ha dado cita en esta aula universitaria para oír hablar de poesía y de un poeta. Si es cierto que en la atmósfera que respiramos todo se siente como impregnado del más frío positivismo, también lo es que no faltan espíritus en quienes alienta el noble ideal de la belleza, y que saben rendir culto a los hombres que, capaces de sentir honda y delicadamente, hacen también vibrar los sentimientos de los demás, pueblan la fantasía de sus lectores con imágenes seductoras y risueñas, y enriquecen la memoria con todos los primeros y galánuaras de la dicción.

Tales son los poetas; y, aunque en las sociedades de hoy no desempeñen el grande, misterioso papel que les había repro-
sentar en las primitivas, en donde eran los extraños vaticinadores del porvenir, no por eso dejan de ser los que sirven para dar lustre y nombradía a la época en que viven y a la colectividad nacional que los alberga. Si se estudian con ardor las ciencias físicas y químicas porque sus aplicaciones a la industria pueden conducir a la fortuna, y si obtienen la primacía en los puestos públicos y privados los que a ellas consagran su actividad, quedan siendo, sin embargo, los poetas aquellos seres de privilegio, cuyo nombre sirve preferentemente para caracterizar la grandezas o la intelectualidad de una nación.

Muchos son los hombres de ciencia y de invenciones prácticas que ha producido la Inglaterra; pero cuando se la quiere denominar de un modo que halague el patriotismo y personalíquese mas altas y halagadoras tendencias, entónces se la llama la patria de Shakespeare, de Milton y de Byron. Gloria de la latina Italia son Galileo y Volta; pero cuantes la aman y la enaltecen la designan gallardamente como la patria del Dante, de Petrarca y del Tasso (1).

Los hombres de ciencia, por más amplia y profunda que dominen el objeto de sus estudios, siempre permanecen un tanto aislados; siempre sus esfuerzos, luminosos y útiles, tienen por campo uno solo o varios de los departamentos del saber, y sólo en ése o éses, su obra es fecunda y beneficiosa para los demás; en tanto el poeta, que vive de la influencia de su siglo y de su sociedad, y con ellos se compenetró y en ellos también influye, personifica y representa los ideales y las tendencias de su tiempo y de su jente; todas las almas lo comprenden y, poseídas de un mismo soplo vivificante, se mueven instintivamente a par de la suya; todos los corazones palpitán a su impulso; realiza una obra universal; y es él, no ente aislado, sino el profeta y el cantor que anuncia o celebra todo lo que interesa, todo aquello por que en su afán incessante se ajita y desvive la pasión de la siempre inquieta familia humana.

(1) V. Núñez de Acoa, Discurso sobre la poesía, en el Ateneo de Madrid.
La poesía es una necesidad del hombre y de la sociedad, y por eso ha nacido con ellos mismos. En la vida terrena, que es una serie no interrumpida de agridulces, en que el plátano de los infortunios está de ordinario mucho más cargado que el del bienestar; no hay hombre que en algunas ocasiones no haya sentido a guárselo los ojos, oprimírselo el corazón, y palpado la imperiosa necesidad de desahogarse en exclamaciones de tristeza, en elejidas decíduas, en frases patéticas y quejumbrosas que desgarran a quienes las escuchan. Esa es la poesía del dolor.

Otras veces cuando ocurre—¡tan raramente!—partir el pan de las breves alegrias de la existencia, el alma se forja la ilusión de que va a poder retenerlas, prolongar su duración, hacerlas quizá eternas, concentrándolas en las formas azuladas, aéreas y ligeras; pero con todo perdurables, de la poesía; y entonces el amor, esa pasión dominadora de la vida, fuente inagotable de la inspiración y de la ventura del hombre, da nacimiento al idilio, a la canción, al madrigal, a cuanto hai de más delicado, de más interesante, de más humano en la poesía de los tiempos y naciones. No hai hombre que no haya sentido alguna vez esas dulces, perturbadoras, palpitations, y que no haya sido, en consecuencia, con palabras o sin ellas, el poeta del amor.

Otros asuntos acaloran también la fantasía del poeta: Dios, con su inmensidad, con su poder, con su providencia, atributos todos que sobrecogen al pobre entendimiento, incapaz de abarcarlos en su extensión e ínsito explicárselos, ejerce sobre el inspirado la atracción poderosísima del misterio, y los poetas místicos y religiosos no podrán jamás faltar en la historia de las letras. Los sorprendentes descubrimientos; las magnas conquistas que día a día la inteligencia lleva a cabo sobre los elementos y el espacio; las grandes acciones que los hombres realizan por los jenerosos e fecundos impulsos de sobresalir, de merecer fama y duradero recuerdo para después de sus días; la virtud, con su constante alegría y su perpetuo sacrificio; el mar con sus bravos temporales, la tierra con sus sacudidas y borrascas; el invierno con sus frias tris-
tezas, y la primavera que lo dora y lo embellece todo, hasta las ruinas; en suma, cuanto pasa por encima, cuanto se alza sobre las pequeñas miserias del mundo y de la vida, todo puede ser rica venéreo, abundante manantial de inspiración y de luz para el poeta.

La antigüedad buscó siempre en la naturaleza, en el mundo externo, los tipos artísticos de la poesía: ésta fue eminentemente objetiva. Escasos fueron los que, escudriñando las sinuosidades del propio corazón, nos legaran sus ecos de duda, sus lamentos de desengaño, ni sus encendidas manifestaciones de cariño, ni sus tibias, acariciadoras esperanzas.

Vino después la edad de hierro, ese largo paréntesis entre las civilizaciones griega y romana, y la civilización moderna: el laud de la ternura enmudeció, y los narradores de hechos hañosos, de más importancia para la historia de las lenguas que para los que buscan el atractivo del mún en la filigrana de la versificación, ocuparon la plaza de los cantores de las clásicas literaturas.

La época moderna careció también, en gran parte, de ese subjetivismo, de ese algo eminentemente personal e íntimo que casi podría decirse la característica de la poesía del siglo XIX y del actual. España, que llevó sus armas y sus leyes a todas las regiones del mundo, como que en su dilatado dominio aparecía redívivo y con mayor fuerza el potente imperio romano, influyó también considerablemente en el modo interno y en la forma del desarrollo de las letras en los continentes conocidos, y muy singularmente en estas sus colonias americanas.

Sería interesante tema elucidar con la extensión y acopio de conocimientos y de datos necesarios, el punto de sí ha realmente una literatura americana.

Si la Literatura, filológicamente hablando, no es otra cosa que la colección de monumentos que ha producido un idioma culto determinado, lo el fruto elaborado por ese organismo viviente e progresivo que se llama lengua, parece fuera de duda que la literatura, que un sentimiento de exagerado americanismo hace llamar americana, no es, juzgadamente,
sino una derivación, una rama de la española. Así las obras de los escritores que, nacidos en Mileto o en Alejandría, escribieron en griego, pertenecen a la literatura de la Grecia, no a la del Egipto o del Asia Menor. Así son de la literatura latina Quintiliano, el hijo de Calaborra, y los dos Sénecas cordobeses. Así en los Estados Unidos, a pesar de su maravilloso progreso y de su sorprendente prosperidad en todos los departamentos de la actividad, a nadie se le ha pasado por la mente separarse en idioma de Inglaterra, y su literatura es y seguirá siendo vástago rejinal de la madre patria. Lejos de tender a las diferencias dialécticas, es generoso y es conveniente propender a la unificación constante de la lengua en todos los países que la han recibido como herencia, así como es generosa, aunque profundamente ilusoria, la propensión de algunos espíritus hacia un idioma universal, llámese éste volapük o esperanto. El idioma da nacimiento a la literatura, i no la literatura al idioma, por lo que aquélla, separada de éste, no se concibe ni jamás puede existir, a no ser que se consideren como idiomas los gritos apénas articulados de los alacalufes, o de los salvajes de Fidgi i de Samoa.

Quizá alguna literatura podría apellidarse americana, y es la llamada precolombina. Sí en la hermosa tierra de los aztecas existió brillante i vigorosa, es punto aun no del todo comprobado, cuando ahora mismo se controvirtió el si se destruyeron o nó por las llamas en la plaza de Tlatelolco las pinturas simbólicas de Tezcuco i los archivos de Tenuchtitan, crónicas fieles, documentos importantes i cantos escojidos de aquellas razas que sucesivamente ocuparon el valle del Anáhuac. Solamente se conservan algunas rimas del rey solitario de Texcotozinco, en que Netzahualcoyotl se remontaba a los cielos por medio de su inspiración, i cantaba al Sér Supremo en una entonación i con un lenguaje verdaderamente religioso.

Dejando a un lado el Popol-Vuh i otros documentos atribuidos a los quichés de ambas orillas del mar Caribe, la vasta monarquía de los hijos del Sol no nos ha transmitido, por sus
imperfectos y rudimentarios medios de comunicación escrita y tradicional, ninguna de las producciones con que los arábigos del Cuzco y de Quito regalaban, al son de la quena, los oídos de sus soberanos.

De manera, pues, que la literatura americana propiamente tal, no ha existido en América de un modo comprobado, ¡con documentos que puedan acreditarse! sólo existió después de la era colombina, fue una literatura de mera imitación, sobre todo de los defectos y gongorismos de la peninsular, y reducida a los indígenas temas que podían tocarse en tiempos de proscripción de toda ilustración y estudio, en que los libros casi se desconocían en absoluto, y en que la libertad de pensar y de expresarse era una esperanza quimérica que nadie podía aventurarse a abrigar.

I saliendo de la época de la conquista y de la colonia—para llegar a la de la independencia, se advierte una semejante escasez. Eso si que los poetas de entonces alzan dirambos a la independencia y a la libertad, e invectivas durísimas y cruces contra los que acababan de ser sus opresores; pero todos en el fondo y corte españoles, recuerdos descoloridos de Quintana y de Cienfuegos, en los cantos de estos poetas por la independencia de España y en contra del invasor francés.

Las poesías que se deben a Henríquez y a Vera, para contraer la atención solo a Chile, son respetables y dignas de conocerse e conservarse por lo que simbolizan, por el espíritu que reflejan, y por las sagradas memorias que evocan; pero del todo inaceptables ante un criterio estético que juzgue en absoluto y con prescindencia de aquellas relativas consideraciones.

No se puede decir lo mismo de las producciones hasta cierto punto abundantes, que formaron el despertar o el florecimiento de la literatura en Chile, en el período entre 1841 y 1845. Causas que por el momento no hai para qué recordar, determinaron que muchos jóvenes que se sentían con vocación para el manejo de la pluma, de los cuales algunos realmente poseían la vena que hierven en los poetas, y median- te la cual éstos se abrasan en el fuego de las musas; y de los
cual es otros concebían la poesía como una resultante fatal del *Arte de hablar en prosa i verso*, se lanzaron a escribir, sobre todo metrificando, para demostrar con los hechos que los nacidos en Chile, aunque país templado, podían lograr i lograban tan alto vuelo por las laderas i cumbres del Parnaso como los acariciados por los soles tropicales. *La América Poética* de 1846, el *Semanario* i el *Crepúsculo*, i algunas otras publicaciones contemporáneas de éas, son el archivo en que se han recojido éos que podrían decirse los primeros suspiros de nuestras musas, no poco primorosos algunos, i nada dignos del olvido en que hoy suele mantenérselas.

Ese movimiento arrastró resultados de todo punto favorables para la ilustración i cultivo jenerales, i éstos pasaron a ser, por lejítimo títulío, patrimonio de la juventud que por entonces se levantaba.

Entre ésta, i acercándome al poeta cuya obra ha sido designada como primordial tema de esta Conferencia, descolaban tres hermanos, formados en el hogar de un distinguido mé dico irlandés, i de una ilustre matrona santiaguina.

Uno de ellos sobrevive a los otros dos, i aunque en el estranjero, don Alberto Blest Gana hace ver laboriosamente, i casi de lustro en lustro, a sus compatriotas que jamás los pone en olvido por una parte, i por otra, que la pluma con que escribió *El Primer Amor*, aparecido desde la primera entrega de la *Revista del Pacífico* en 1858, permanece con sus puntos tan entros i vigorosos como entonces, cual si fueran de finísimo diamante. Al lado de don Alberto en el campo de las letras, i muy sobresalientemente en el de la poesía, figuraba don Guillermo Blest Gana, encargado, en ese propio año 1858, de correr con la publicación de la *Revista* que acabo de mencionar, i cuyo primer tomo, que diri jió casi exclusivamente, contiene numerosísimos trabajos suyos, i de sus hermanos Alberto i Joaquín.

Si alguna vez en Chile, o en cualquiera otra parte del mundo, ha habido un hombre que haya nacido poeta en la más amplia extensión que comporta esa palabra, ha sido don Guillermo Blest Gana. Poseía una alma tan estremadamente
sensible a las impresiones del amor y de sus goces, de los
desengaños y sus penas, como una facilidad igual para decla-
rar después todos esos sentimientos de una manera espre-
siva y seductora. Todos los hombres sienten más o menos lo
mismo, en identidad de situaciones y con idéntica prepara-
ción de sus facultades sensitivas; pero unos no pueden es-
presar eso que sienten sino con lágrimas, o gritos o jestos,
i otros, como Blest Gana, como Bécquer, con versos que
salen del alma y llegan a el alma, con tanta naturalidad, que
quien ha pasado por la misma situación, y antes no ha podi-
do sino llorar o prorrumpir en mudas articulaciones, crea i
piensa sinceramente que él habría podido hacer lo mismo.
Es que el uno recibió con la luz de la vida la facultad casi
divina de poder traducir en la palabra las modificaciones de
su yo sensible, y el otro no.

Dice Aristóteles que la poesía vale e importa más que la
historia, porque la historia representa las cosas como son,
iba poesía las representa como deben ser; pero los poetas
llamados sujetivos, como Blest Gana, ni como son, ni como
deben ser las representan, sino como ellos las ven en su ima-
jinación (2). Esta imaginación suya, no obstante, o bien por-
que coincide con la del lector en el momento en que el poeta
poesía, o bien por el mágico poder de sujestion que en ella
hai i que a los demás se impone, hacen del poeta un ser po-
pular y original, que arrobata tras de sí, i obliga a entrar i a
deletarse en el mundo fantástico que para él ha creado sin
otra mira ni propósito que los de su solaz i esparcimiento.

Don Guillermo Blest perdió a su queridísima madre en
edad aún temprana, i este doloroso suceso le hirió tan pro-
fundamente las cuerdas de la sensibilidad, que desde ese
instante su vida se sintió más predispuesta a la queja i al
llanto, que a la sonrisa i a la alegría. En las playas de
Constitución, a las orillas del Huemulami, había hollado
la húmeda arena en la compañía de su madre i de sus her-

(2) Valera, sobre don José Zorrilla
manos, y al recordarla después en esos mismos lugares, los ojos se le anublan, y sus versos son sólo un canto dolorido y un ¡ah! desgarrador, supremo adiós de lo amado que se ha muerto, y de las gratas esperanzas que se han ido. Muí po cos años después, la tiel de un mortal desengaño, el desamor de una mujer amada con el inmenso amor primero, cuando el alma, como las flores al rocío, se abre a las mas dulces y nobles emociones de la existencia, redoblaron esa melancolía, y dieron a su noble e espresiva figura de patria, a sus ojos claros, que siempre fueron de indeciso mirar, una espresion de tristeza indefinible, que lo hacía aparecer como un señor, o como un hombrect que vaga estraviado entre los demás, que no son como él y no lo comprenden. No en todos los pechos hacen una misma herida los golpes de las decepciones, o los dardos envenenados de la ingratitude.

I, sin embargo, en su trato social, en sus conversaciones tan llenas de interés, y a veces llanas y salpicadas de vivo e palpita despego por las formas y por todo lo que el vulgo aplaude e busca, se notaba cierta grave, consoladora e optimista filosofía, que se advertía con sorpresa en sus narraciones de apariencia mas liviana (3).

I todo arrebolado con un buen humor reflexivo e sereno, que parecía la suprema ironía en quien había rodado mucho mundo e sufrido muchos descalabros en la vida, sin que ni los duros trances del trabajo, ni las amarguras del ostracismo, ni los empeños, todavía mas duros para el alma jenerosa, de la lucha cuotidiana e estéril con la adversa e apocada fortuna, llegasen a empañar la olímpica serenidad de su alma, no se sabía si regocijada o resignada.

En 1854, la prensa de la Imprenta Chilena de esta capital dió a luz, en un volumen de mas de 326 páginas, sus Poesías. No podría afirmar si esta es la primera publicacion en Chile de un libro de poesías de un solo e mismo autor; pero lo que se decir, sin agravio de muertos e de vivos, es que hasta entonces no había aparecido en Chile un libro de ese género i

(3) Y. Mendez PeIayo, ap. Cervantes.

TOMO CXIX
de una igual importancia. El autor, nacido en 1829, no entremezclaba aún los veinticinco años; y en tal edad, en que muchos comienzan apenes a vivir una vida consciente, daba él a la estampa una hermosísima colección de sentidos y apasionados versos, que debía hacer perdurable su nombre, y que hará perdurar su memoria en los anales de la Literatura chilena.

Hai que trasportarse con el pensamiento a esa época de mas de medio siglo atrás, en que la atmósfera era muy distinta en la cultura de lo que es hoy, para apreciar en su debido valor el esfuerzo de esa musa poderosa y soñadora que logra dar a luz en este país sin literatura, un libro que luego es reproducido con encomio en los grandes y adelantados pueblos europeos.

Incansable en su labor, en 1857 publica La flor de la soledad, poema de tristes memorias, en que el poeta, con doloroso valor, vuelve los ojos a los días de su desgracia, al año 1851, en que había perdido a su madre. Meses después, junto con ocuparse asiduamente en la redacción y dirección de la Revista del Pacífico, cuyas crónicas políticas también escribía, compone y hace representar dos piezas dramáticas, una de ellas que subió a la escena del Teatro Municipal el 26 de Enero de 1856, intitulada La Conjuración de Almagro, llena de interesantes situaciones, y compuesta en delicados versos que aún hoy mismo se oirían con agrado.

Los vaivenes de la política lo arrastraron fuera del país, y de paso en el Ecuador, cúpola ser el único acompañante, a él extranjero, pero poeta, del entierro de Dolores Ventimilla de Galindo. Era ésta una hermosa mujer, de gallardas formas y de clara inteligencia, poeta de alma y de pluma, que nos ha dejado sus quejas y su despedida en versos sentidísimos, y que desapareció violentamente de la escena por medio del suicidio: capaz de afrontar una terrible muerte, pero no los tiros de una vil calumnia. Lo que don Guillermo Blest Gana hizo con ese motivo, fué una acción muy propia de un corazón tan bien puesto como el suyo: en un pequeño pueblo, en que aquel suicidio de una dama, en cuya honra se cebaban
muchas lenguas, había caído como el más negro de los escándalos, no se encontró ni quienes quisieran llevar a la fosa su ataúd. Pero sí hubo un distinguido chileno que, a pie, solo, y con la cabeza descubierta, acompañó hasta la última morada esos restos, con el alto respeto que merece una mujer muerta, más infortunada que culpable.

Visitó también la Europa, y, como era natural, se detuvo con particular complacencia en España. En Madrid colaboró en el acreditado periódico La América, que dirijía don Eduardo Asqueroso, y entre muchas otras poesías suyas aparecidas en la Madre Patria, se recuerda El Ruiseñor, dedicada a don José Selgas.

Ministro en la República del Ecuador a su regreso, fue enviado después al Plata y al Brasil, y en ese punto supo mantener con vigorosa entereza los derechos y títulos de Chile, con motivo de la discusión de derechos a la Patagonia, y de la fundación de la colonia del Río Santa Cruz.

Desde 1863 pertenecía a este Cuerpo Universitario con el carácter de miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. En el acto de su ingreso a ella, el 29 de Abril de ese mismo año, leyó un discurso que contenía interesantes reflexiones acerca del estado actual de la poesía, y de sus tendencias en la América Española. Principia esa su pieza literaria trazando el elogio de don Manuel Talavera, a quien iba a suceder en la Facultad, y sigue con reflexiones acerca de la poesía en la América Española, lo que le ofrece oportunidad para pasar revista a diversos escritores y diversas obras, y concluye, manifestando que no son los innumerables que escasean en América. «Lo que más falta —dice— para producir obras dignas de memoria, es el estudio, la constancia y el trabajo».

Después de la guerra del Pacífico de 1879 a 1881, a cuyo fin le cupo la honra de ser designado como jefe político de Lima, el señor Blest Gana desempeñó diversos e importantes cargos administrativos, no sin dejar de consagrarse siempre a su gran pasión, la poesía. En efecto, en 1884 recopilaba en un volumen ciento muchas de sus composiciones de los últimos años, y las dió a luz con el nombre de Armonías. No son superiores
a aquellas frescas, fragantes flores juveniles del libro de treinta años atrás, de 1854; pero todas ellas están impregnadas del mismo vago, melancólico sentimiento, del mismo aroma, del mismo amor guardado a través del tiempo y de las dolorosas madanzas de la vida. Hai melodías y díirambo, y algunas melopeas, llenas de ternura y de regalo, que hasta sus postreros años el señor Blest declamaba, con acompañamiento de piano, y a que daba una expresión indefinible, que contagiaba fácilmente al auditorio con su propio, sonador sentimentalismo.

La sacudida que el país experimentó con los trastornos de 1891, y que fue tan dolorosa para todos, lo fue doblemente para el señor Blest Gana. Pasado algún tiempo, al fin un rayo de luz atravesó las tinieblas, y se hizo justicia al gran poeta y al gran servidor del país. Por desgracia, el mal que le había hecho el desconocimiento de su personalidad, no tenía remedio, y su ida a la Intendencia de Linares, último puesto público que desempeñó, y en el cual obtuvo su jubilación, fue su verdadero adiós a la vida. Con el espíritu lleno de resignación, aunque quebrantado a veces por toda suerte de desencantos, pasó los postreros días de su existencia soportando una enfermedad molesta, pero consagrado siempre a la lectura y a sus recuerdos, y a sus favoritas conversaciones literarias.

Un distinguido joven (4) que lo visitó algunos meses antes de su muerte, hace, entre muchos otros, los siguientes recuerdos del ilustre enfermo:

«La pieza de don Guillermo era una pieza casi desnuda que, en su sencillez, hacia recordar la celda austera de un convento. Las paredes sin adornos, las ventanas sin colgaduras, algunos cuadros místicos, retratos y relojes era todo lo que se veía en las murallas. Con frecuencia sus ojos permanecían fijos en esos retratos, como si evocara un recuerdo que lo hacía vivir otra vez en el pasado y, con más frecuencia, miraba la aguja que seguía indiferente el frío su

(4) Don Antonio Orrego Barros.
camino en la esfera del reloj, como si quisiera adelantarse al porvenir.

«Parecía sentir esa singular preocupación del tiempo, esa necesidad extraña de saber la hora que experimentan los que se acercan a la muerte, como una misteriosa fascinación de la eternidad que se aproxima.

«En ese cuarto todo estaba en silencio; no se oían mas que las pisadas sordas de la enfermera, el sonido de las hojas del libro que leía y el alegre movimiento de una tenca que saltaba entre las plantas que crecían con tristeza en la ventana.

«Recuerdo que un día, al entrar a su pieza, noté que algo faltaba allí: era la tenca. Cuando noté que mis miradas se fijaban en el vacío que había dejado aquel ave en la ventana, me dijo:

«—También la tenca se ha cansado de acompañarme... Se murió!... pobrecita!

«I después se quedó en silencio; en sus ojos flotaba la melancolía de un cariño tronchado. No me inquietaba dejarlo saborear esa vaga tristeza porque sé que las almas delicadas saben encontrar, si no un placer, a lo menos una secreta emoción tranquila y poética en el fondo de los grandes dolores. Es la dulce compensación con que la vida se hace perdonar las desgracias con que hiere, como a pesar suyo, a las almas buenas.

«Allí vivía don Guillermo Blest, en esa soledad inevitable de una larga enfermedad en que poco a poco se va haciendo el vacío. Uno que otro sólo iban a verlo y, sin embargo, los que lo visitaban debían encontrar en la amable hospitalidad del poeta una generosa compensación para ese pequeño sacrificio. Su charla inagotable, viva, salpicada de observaciones e recuerdos, animada por anécdotas chispeantes y pinturas de los hombres y de los países que había frecuentado, tenía un encanto fascinador.

«Allí lo encontré, como siempre, junto a la ventana sumido en un sillón. Al verme entrar, trató de incorporarse y sus
ojos claros, velados por un tul vago de ensueños, se fijaron en mí tan suavemente que parecían no mirarme.

«Un reloj dió las seis, luego otro las repitió i otro en seguida—parecía aquello el retiro de Cárlos V. 

«—¿Qué tal? A ver cómo está su reloj con los míos, me dijo.

«El último entretenimiento de su vida consistía en compara-rar a cada momento una serie de relojes i observarlos en su marcha eterna hacia adelante... hacia el futuro.»

En la mañana del 7 de Noviembre, hace hoy trece meses, falleció don Guillermo Blest Gana, i principió para su me-moria la reparación: en el entierro, hizo su cumplido elo-jo el decano de la corporación universitaria a que pertenecía el poeta, i poco después el Consejo de Instrucción Pública acordó la publicación de sus Obras por cuenta del Estado, i los poderes públicos otorgaron los fondos necesarios para ello.

En este año, la Universidad ha querido honrar el nombre de tan ilustre miembro suyo; i por eso ha dispuesto esta Con-ferencia destinada singularmente a recordar sus talentos i sus grandes obras. Que el país se asocia a esta manifesta-ción del Cuerpo Universitario, lo demuestra la selecta con-currencia que me ha dispensado la condescendencia de escu-charme.

Es que todos, inspirados por un espíritu de justicia, desean que empiece cuanto antes la hora de la glorifica-ción.

Santiago, 7 de Diciembre de 1906.